

**JUANA INOCENCIO CORDERO
UNA AYAMONTINA DEL SIGLO XVIII**

ESTHER SOLESIO LÓPEZ-BOSCH

LICENCIADO EN HISTORIA

INTRODUCCION

Juana Inocencio Cordero hubiera pasado desapercibida por la Historia de Ayamonte de no haberse conservado en el Archivo Rivero-Solesio, la correspondencia y otros documentos de todo tipo como testamentos, actas de pleitos de nulidad y divorcio, etc, sobre multitud de temas que nos han permitido descubrir a Juana Inocencio como una mujer que en el siglo XVIII, contribuyó activamente al éxito económico de su familia apoyando desde Ayamonte todas las actividades emprendidas por quien fue su esposo Manuel Rivero “El Pintado”. Este Archivo ha sido recopilado, ordenado y catalogado durante años y actualmente conserva uno de sus descendientes Julián Solesio Lillo.



Antes de su matrimonio tenemos muy pocos datos de Juana. Se sabe que nació en Ayamonte el 3 de enero de 1698 en el seno de una familia humilde, lo que conocemos porque en el testamento de su padre Pedro Díaz Cordero éste declara que carece de bienes para legar. Se desconoce la razón por la que Juana siempre aparece mencionada con el segundo apellido de su padre, Cordero y no con el apellido Díaz como sería lo habitual. No sabía escribir y lo hacía a través de secretarios.

PRIMEROS AÑOS DE MATRIMONIO

A los 21 años, el 24 de abril de 1719 se casa con Manuel Rivero “El Pintado”, navegante a Indias y fundador de una empresa familiar para el comercio con América. Se establecen en una casita que el padre de Juana les entregó como dote. Desde este momento gracias a las constantes ausencias de Manuel que les lleva a establecer una fluida relación epistolar así como a muchas otras cartas que Manuel Rivero intercambia con amigos y conocidos, ha sido posible descubrir a Juana y poder valorar el papel jugado en el éxito de las actividades emprendidas por su esposo.

Manuel tampoco aporta bienes al matrimonio y no recibe herencia alguna a la muerte de su padre Cristóbal Rivero, como se deduce de su testamento. Provenía de una familia de tradición marinera y siendo un adolescente emprendió su primer viaje a Nueva España.

Juana y Manuel tuvieron seis hijos, el primero de los cuales Cristóbal, nace a los pocos meses de su boda en 1719. En el parto del segundo de sus hijos, José Antonio, Juana estuvo a punto de fallecer lo que no le impide tener cuatro hijos más: Manuel, Juan Jerónimo, Teresa y María Micaela.

En 1723 Manuel Rivero parte en su segundo viaje a América con su hermano Cristóbal. Dos años después a los pocos meses del nacimiento de su tercer hijo Manuel, Rivero vuelve a embarcarse y permanece dos años fuera de casa, dejando a Juana con un bebé recién nacido. En una carta que Manuel escribe a un amigo se lamenta amargamente del trato que recibe por parte de Juana a la que acusa de no prestarle la suficiente atención.

Hacia finales de 1732 Manuel vuelve a embarcar y en la licencia que solicita para el embarque se especifica que debe volver a “*estos reinos*” dentro de tres años para vivir con su mujer Juana Inocencio Cordero y para cuya seguridad deja una fianza de 1.000 ducados de plata. En este viaje Manuel se lleva a su segundo hijo José Antonio que sólo cuenta diez años de edad. Al volver, año y medio después de su partida, se establece en Cádiz donde radican sus negocios. Todo este tiempo Juana permanece en Ayamonte y en algunas cartas ruega a Manuel que regrese, cosa que obviamente no logra. Incluso en una carta le pide que si él no puede regresar haga el favor de enviarle de vuelta a su hijo Manolito que está en Cádiz con su padre ya que ella necesita ayuda en casa al sufrir fuertes dolores en las manos.

Durante estos primeros años de matrimonio con continuos viajes de Manuel la vida de Juana se desarrolla prácticamente de puertas hacia adentro, viviendo como una mujer de su casa, organizando la intendencia doméstica y cuidando de sus hijos, siempre sin la ayuda de

su marido al que prácticamente no ve y cuya relación epistolar es el único lazo de unión entre ambos. Su vida transcurre con normalidad y cierta tranquilidad que pronto se verá alterada.

PLEITOS DE NULIDAD Y DIVORCIO

Hubo un suceso en la familia Rivero que supuso una amenaza para la hasta entonces buena armonía familiar y que marcó las relaciones entre los distintos miembros de la familia durante los años posteriores. Fueron los acontecimientos que tuvieron lugar entre 1739 y 1740 y que llevaron a Manuel Rivero a emprender primero un pleito de nulidad y posteriormente entre 1752 y 1753 un pleito de divorcio por el matrimonio de su hijo José Antonio.

Juana Inocencio fue la primera en dar la alerta de lo que estaba ocurriendo y así escribió en julio de 1739 una carta a Manuel alarmada por el comportamiento de su hijo mayor Cristóbal, que a la sazón se encontraba en Ayamonte recién llegado de Sevilla donde estudiaba para eclesiástico. En dicha carta Juana le cuenta a su marido que a pesar de sus reprimendas a Cristóbal por sus continuas salidas nocturnas y lo tarde que se “*recoge*”, ella es incapaz de “*sujetarlo*” ya que éste no le escucha. Manuel escribe a Cristóbal y le reprende severamente pero sin éxito. Tanto Juana como Manuel reconocen ignorar las razones del comportamiento de Cristóbal que no eran otras que su deseo de verse a solas con Ana Fernández de la Yedra, hija de una panadera y con su padre ausente en América.

Finalmente después de algunos episodios que no quedan lo suficientemente aclarados para saber qué fue lo que ocurrió verdaderamente, es José Antonio, el segundo de los hijos de Juana y Manuel el que contrae matrimonio secreto el 7 de noviembre de 1739 con Ana Fernández de la Yedra. José Antonio sólo tiene 17 años y lo que sí parece claro es que se vio envuelto en una trampa tendida por Cristóbal, que era el que había dado palabra de casamiento a Ana.

Manuel emprendió un pleito para anular el matrimonio que perdió, considerándose dicho matrimonio como válido. José Antonio fue excomulgado por negarse a hacer vida maridable con Ana.

El escándalo que todo este proceso produjo en Ayamonte debió ser considerable como queda de manifiesto en unas cartas del jesuita Domingo García a Manuel Rivero. El jesuita lamenta “*la infame voz que corre por el pueblo contra la honra de esa pobre moza*”, y considera que todo el juicio ha sido absurdo ya que el matrimonio fue celebrado con el consentimiento de José Antonio. Recomienda a Manuel Rivero dar marcha atrás y “*recoger sus hijos a su casa, alimentarlos y adoctrinarlos bien, vivir en paz y dar satisfacción a ese pueblo escandalizado*”.

Juana se ve envuelta en una situación casi insostenible por los comentarios de sus vecinos y le escribe a Manuel cómo al conocerse la sentencia ciertos individuos habían hecho “*mucha burla y mucha fiesta*”. La excomuniación de José Antonio debió resultarle difícil de asimilar dada su profunda religiosidad como se manifiesta en todos sus escritos.

Durante el pleito de nulidad Juana además, se encuentra embarazada de su sexta y última hija María Micaela que nace justo un mes antes de dictarse la sentencia del juicio. La niña debió

presentar problemas al nacer porque Juana asustada escribe que María Micaela lleva tres días “*sin regir ni orinar de un dolor que le dio en el vientre*”. La misma Juana se encuentra enferma. Debía tener un orzuelo que ella define como “*un grano dentro del ojo*” que no se le curaba y, según ella, parece que estuvo hora y media sin pulso.

Años después, alarmados por los continuos rumores que les llegan de Ana, deciden emprender un pleito de divorcio. Este juicio también lo pierden, después de un largo y costoso proceso y de estar de nuevo en boca de todo el pueblo, y finalmente se le obliga a José Antonio a que vaya a vivir con Ana y a pagar las costas y una indemnización a su mujer.

CONSTRUCCIÓN DE LA CASA GRANDE

Unos años después de todos estos acontecimientos comienza la construcción de la Casa Grande. No se sabe la fecha exacta del comienzo de las obras, pero sí que hacia 1744 las obras están muy adelantadas y que debieron estar finalizadas hacia 1746.

Juana toma parte muy activa en la construcción de la casa. Confiesa en una carta a Manuel que se levanta a las seis de la mañana y pasa toda la jornada en la obra, donde dirige, organiza y si es necesario despide, como reconoce que se vio obligada a hacer con un peón de Cádiz conocido como “el tuerro”, y se quedó con las ganas de despedir a algún otro y si no lo hizo fue porque le frenó el maestro de obra.

Enviaba a su marido cada pocos días una relación detallada del estado de la obras y de los pocos avances, que a su juicio, se iban produciendo: “*Así, los mandé a todos a mampostar y a acabar los cuartos altos ínterin que el cortador corta ladrillos, para ir a trabajar Escamilla y Palma. Y les enviaré a todo trabajo que me parezca a mí que ha menester más gente interior. Tarde conociste que era mal empleada la comida y el dinero, pues yo que he estado más tiempo en la obra que tú bastantes veces, te lo he dicho*”. Entre estos párrafos escritos por una mujer llena de iniciativa que no duda en enfrentarse con el maestro de obra si considera que el trabajo no se está haciendo como debería, Juana intercala frases de esposa solícita y espeta a Manuel: “*y cuidado como vuelvas a comer otro poco de pastel, que me dicen que eso te dio el dolor*”.

Juana empieza a desesperarse cuando las obras no progresan. Confiesa que ahora debe levantarse a las cinco de la mañana para poder abarcar el trabajo. Las tensiones en el matrimonio son evidentes como se demuestra en una carta en la que Juana Inocencio, que volvía a estar enferma, en este caso con una calentura, le escribe a Manuel quien había acusado a Juana de escribirle en un tono colérico. Ella se defiende y le dice que nunca ha sentido ninguna cólera hacia él y le sigue diciendo que si está enfadado con los negocios y sus hijos, ella no tiene la culpa. Le escribe: “*Si alguna cosa te escribo, es con pesadumbre, que nunca estás en casa, no por darte que sentir, pues no es mi intención esa*”. A pesar de las tensiones entre ellos, Juana es una esposa cariñosa que se muestra preocupada por la situación de Manuel y sobre todo aparece como una mujer generosa que se olvida de sí misma y que está continuamente pendiente de su marido.

Mientras la Casa Grande se sigue construyendo la vida cotidiana de Juana como madre sigue su curso. Su hija Teresa enferma y la madre está preocupadísima por la delgadez y los “malos colores” que presenta la niña. El médico le ha recomendado que tome “*agua cocida con raíz de grama, raíz de perejil, raíz de apio, raíz de esparragueras y raíz de hinojo*”. Insta a Manuel a que consulte con algún médico en Cádiz sobre la salud de la niña ya que ésta no mejora con los remedios recetados y también le escribe “*no sea cosa de que me cueste la obra una hija*”.

A pesar del estado de Teresa y que la misma Juana tampoco se encuentra muy bien de salud, ésta sigue a pie de obra y enviando puntual descripción del estado de las mismas. Es sorprendente el grado de conocimiento sobre construcción que demuestra Juana, a pesar de confesar que ella no entiende nada al respecto. No duda lo que hay que ir mandando hacer a los peones, ni los materiales que son necesarios en cada momento según van avanzando las obras y que va encargando a Manuel a Cádiz. Da las órdenes pertinentes a todas las personas relacionadas con la construcción de la Casa Grande, incluso a su marido y se muestra muy segura de sí misma y de lo que debe hacer en cada momento. Ejemplo de esto último es esta carta enviada a Manuel a Cádiz: “*Mahacado me dice que envíes 25 varas para las dos rejas. Envía medio ciento de tablas, que hacen falta para los andamios, y el admagre para sacar a la plana el aljibe*” .

LOS ESCLAVOS

Durante los años que duró la construcción de la Casa Grande, Juana debe seguir ocupándose de cuestiones domésticas y busca esclavos para las tareas de su hogar. Se queja a Manuel porque éste había decidido no comprar una esclava negra a pesar de que Juana la considera indispensable, puesto que en estos momentos cuenta únicamente con una esclava que se llama Teresilla. En cambio, Manuel sí que compra esclavos para que le ayuden en sus negocios, en este caso 9 hombres procedentes de Guinea que le costaron 5 pesos de plata cada uno.

En el Archivo Rivero-Solesio se conservan varios documentos referentes a la situación de los esclavos en esta época. Así, en el testamento de Manuel y Juana establecen que se libere a “*M^a Antonia, negra bozal traída de Brasil vía Lisboa y a su hijo Manuel Jesús. Se le entregarán 30 pesos de a 15 reales de vellón, rogando a los albaceas se quede en casa*”. Entrega ropa a Manuel Jesús por si quisiera dedicarse a la mar o al campo. Los esclavos se heredaban o bien se podían traspasar a alguien si así se deseaba cuando su propietario moría. Incluso los hijos de los esclavos eran esclavos que se quedaban en la familia o se vendían a un tercero.

Hay un documento muy curioso en el Archivo Rivero-Solesio que es el testamento de Tomasa de Cano Castilla que era una amiga de la familia Rivero y que tenía una esclava llamada Rita madre de dos hijos. Tomasa establece en su testamento: “*Quiero que prosigan así (es decir, siendo esclavos), aún después de mi fallecimiento, en poder de mis herederos*”. Sus herederos pueden “*enajenarlos por venta real o bien en almoneda*”. Sobre una de las hijas de Rita la esclava, establece que quede bajo la custodia de Sor María de San Julián, monja del convento de Lepe. Dicha niña esclava debía pasar a ser propiedad de la monja, con la condición de no venderla, y tras la muerte de la religiosa pasaría a pertenecer al convento.

Juan Jerónimo, el cuarto de los hijos del matrimonio Rivero, también tiene su propio esclavo, a pesar de que ha sido ordenado sacerdote. Durante el viaje que emprende por Italia y Francia, pide a su padre que le envíe su esclavo, a lo que Manuel Rivero responde que es imposible enviárselo “*por lo extraviado y porque el negro es inútil*”. Le promete que a la llegada de Juan Jerónimo a Madrid le enviará “*a dicho negro Frasquillo*”.

En 1755 cuentan con ocho esclavos en la familia, dos de los cuales están en Cádiz al servicio de Manuel. Los otros seis están en Ayamonte. En las cartas entre Juana y Manuel de estos años se refieren a sus esclavos casi como si fueran miembros de su familia y Manuel le dice a Juana: “*Tus dos negritos Miguel y Cristóbal están buenos y prosiguen como hombres de bien, pero tienen muchos deseos de ir a ver a su señora ama*”.

Curiosamente los esclavos también se prestan, como ocurre en 1759 cuando el Comisario del Santo Oficio, enterado de que Manuel Rivero tiene un esclavo que sabe tocar el clarín, se lo pide prestado para que toque en la publicación de un Edicto de Fe en Huelva, a lo que Manuel accede.

Juana es la encargada de proveer a los esclavos de cuanto necesiten para su manutención y así, ante la decisión de enviar a dos de ellos a América, debe proporcionarles las ropas necesarias para poder soportar un clima cálido.

AÑOS TRANQUILOS (1752-1761)

Los años posteriores a la finalización de la Casa Grande y a la conclusión de los juicios de nulidad y divorcio son años de relativa tranquilidad familiar si bien el trabajo que Juana soporta es ingente. Los hijos van marchando de casa. Cristóbal se establece en Madrid, José Antonio y Manuel se marchan a América donde permanecen diez años, Juan Jerónimo es ordenado sacerdote y dice su primera misa en diciembre de 1752, años después viaja por Italia durante algo más de un año para acabar estableciéndose con su madre en Ayamonte, lo que supuso un apoyo enorme para Juana. Su hija Teresa contrae matrimonio en 1750 y se marcha a vivir a Huelva y posteriormente a Cádiz cerca de su padre. Las cartas que envían los hijos a su madre durante estos años ausentes están llenas de palabras cariñosas que demuestran el respeto, la admiración y la preocupación que sentían por ella. Así José Antonio desde América en 1749 escribe a Juana: “*En esta forma soy humilde hijo y ciego servidor de Vm., y quien pide a Dios me guarde su vida muchos y dilatados años para besarle los pies. Y si tomare esto letraduría, me de una buena bofetada de su mano, que a decir verdad me está haciendo alguna falta*”; y algunos años después en diciembre de 1752 escribe: “*... a que se arregla el grandísimo deseo que tengo de ver a mi querida madre y hermanas...*”.

A espaldas de su padre los hijos escriben cartas a su madre para conseguir que ésta ablande el corazón de Manuel. Cristóbal pide ayuda a Juana para que le envíe dinero a Madrid utilizando un tono zalamero para convencerla, le dice: “*ha sido Vmd. el recurso de mis aflicciones, a cuyas finezas vivo y viviré siempre reconocido*” y también le escribe: “*obligado en el mucho amor con que Vmd. siempre me ha socorrido en todas mis necesidades*”. Parece que Juana debía hacer bastantes cosas a espaldas de Manuel, sobre todo si era para ayudar a sus hijos en dificultades. Es también

la intercesora en la reconciliación entre José Antonio y su padre, después del pleito de divorcio, como reconoce su yerno Antonio Trianes, marido de su hija Teresa, en una carta que escribe a Juana hacia mitad del año 1756, en la que destaca el importante papel jugado por Juana en la reconciliación. La reconciliación tuvo lugar en el bautizo de una nieta de Juana y Manuel.

Estos años son años de prosperidad para la familia puesto que los negocios marchan a muy buen ritmo, con los hijos en América controlando desde allí y Manuel en Cádiz, quien había fundado en 1749 la Compañía familiar junto a sus hijos, puesto que anteriormente estaba asociado con su hermano.

La prosperidad en los negocios se traduce en la adquisición de fincas y casas y en obras constantes para arreglar o construir las nuevas adquisiciones. En el año 1756 hay cinco obras en marcha en Ayamonte y sus alrededores que son: la casa de La Ribera, dos casitas en La Aduanilla, el cercado y la casa de Pedro Juan, otra casa nueva colindante con una propiedad anterior y la Huerta del Carmen o Huerta Noble. Sobre Juana Inocencio sigue recayendo el peso de todas las obras si bien, en esta ocasión es ayudada por su hijo Juan Jerónimo. Manuel conserva el tono autoritario que siempre utiliza para que se cumplan sus deseos, pero sin embargo es consciente de la importancia que Juana tiene en todos sus proyectos y en su familia y en una carta a su hijo Juan Jerónimo le dice: *“Yo quisiera mandarla el corazón para aliviarla de sus muchos quehaceres y no sé como le irán los dolores de reumatismo”*. Juana está casi continuamente enferma seguramente debido a la cantidad de trabajo que tiene y Manuel es muy cariñoso con ella y desea que Juana se cuide y descanse ya que es el *“primero de los bienes de cuanto tenemos”*. Cristóbal el 13 de julio de 1756 escribe a Juana preocupado: *“Mi padre me dice las obras que se están haciendo en casa. Cuenta lo que Vmd. hace y tenga cuidado de mirar por su salud, acordándose que la obra pasada (la de la Casa Grande seguramente) de la casa le ocasionó dolores reumáticos...”*

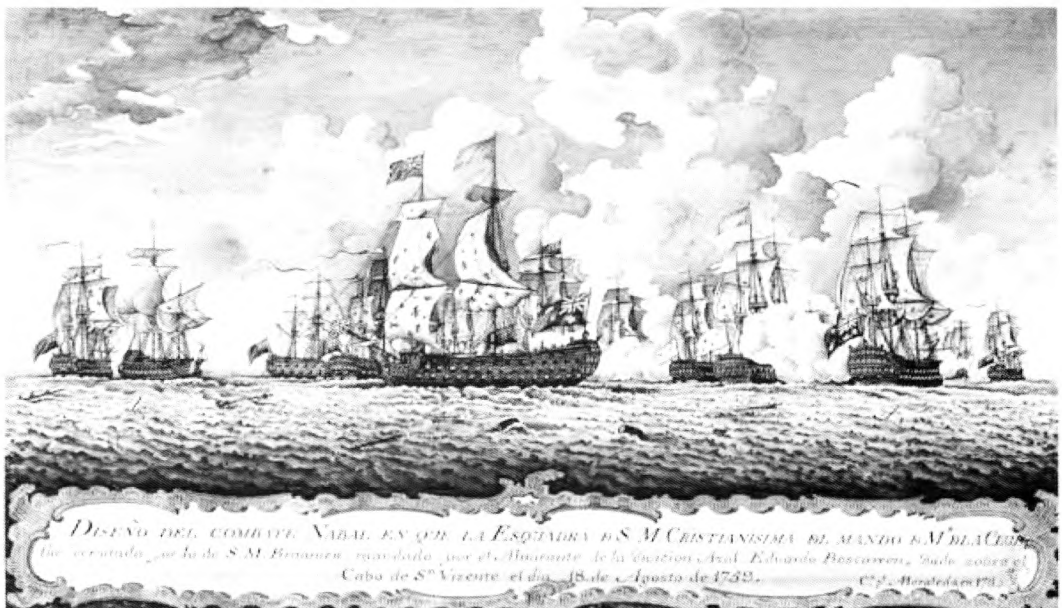
Además de las obras en marcha, el Molino de mareas, propiedad de Manuel y conocido como Molino de El Pintado está a pleno rendimiento y Juana debe ocuparse, una vez más a instancias de Manuel, de conseguir los rodets necesarios para el funcionamiento de la rueda y otras obras esenciales para su mantenimiento. Manuel considera su obligación recordar a Juana, sin duda innecesariamente, que el Molino *“es la principal finca a que debemos atender y que tenemos”*. Juana se ocupa asimismo de la producción de naranjas, con fama de ser deliciosas y por tanto debe conservar de cinco a seis mil naranjas para mandarlas a Madrid con objeto de poder obsequiar con ellas para conseguir favores.

En 1755 como consecuencia del terremoto de Lisboa, se derrumbó la Torre de Las Angustias y Manuel se dispone a reconstruirla y a construir un camarín nuevo para la virgen. También Juana aparece envuelta en estas obras. Según una carta de Manuel a Juana del año 1760, ésta debe avisarle si *“los pedazos de cristal para el camarín... han de ser azogados o por azogar”*.

Otra de las obligaciones de Juana era el aprovisionamiento de los navíos para partir a Nueva España. Es la encargada de enviar a Cádiz, en julio de 1759, todo lo necesario para la salida de La Begoña. Unos meses después debe enviar un cargamento de 600 gallinas para aprovisionar La Tetis y además de esto *“50 docenas de coles, procurando que sean todas de nuestras huertas... podéis ir salando 60 lomos con sus correspondientes costillas... y 60 docenas de chorizos”*. Algunos meses más tarde, ya en el año 1760, Juana debe comprar 25 terneras y todas las gallinas que

pueda encontrar siempre que el precio no supere los cuatro reales y medio, y tener preparados 200 jamones. Estos hechos demuestran la contribución tan esencial de Juana por la empresa familiar puesto que el aprovisionamiento de barcos para emprender sus viajes a América era una de las partes más importantes y difíciles del negocio. Juana además de tener que buscar y comprar todo lo necesario debía ocuparse de contratar el transporte para Cádiz y conseguir que todo fuese conservado en óptimas condiciones para que pudieran servir de alimento a las tripulaciones en sus viajes.

Durante los preparativos para conseguir todo lo necesario para los barcos de la casa, se produce la derrota de la flota francesa al mando del almirante de La Clue frente a las costas de Lagos, a manos de la armada inglesa comandada por Edward Boscawen el 18 de agosto de 1759¹. Manuel vuelve de nuevo a apoyarse en Juana para que proporcione a los franceses todo lo que puedan necesitar, incluso para que acudan a Ayamonte a alojarse hasta que puedan regresar a Francia. Juana debe enviar a Portugal un cargamento de carneros, gallinas, terneras, vino y hortalizas entre otras cosas. Rápidamente se pone manos a la obra y algunos días después recibe una carta de Manuel agradecido por el rápido y eficaz envío a Lagos de dos faluchos cargados de víveres.



El almirante de La Clue que se encuentra herido con las dos piernas rotas se traslada a Ayamonte y se aloja en casa de los Rivero aproximadamente durante 50 días atendido por Juana “como acostumbra”. También alojaron “a modo de hospitalería a toda la oficialería y

¹ Episodio correspondiente a la Guerra de los Siete Años (1756-1763). Conflicto que estalló como consecuencia de la rivalidad comercial y colonial entre las distintas potencias europeas y en el que España, que en un principio se mantuvo neutral, se vio obligada a entrar en guerra cuando su imperio colonial se vio afectado, coincidiendo con el inicio del reinado de Carlos III.

tripulación". Todos los gastos de manutención y del viaje de todos ellos a Cádiz corrió a cuenta de Manuel. Los franceses, muy agradecidos por la hospitalidad de la familia y especialmente de Juana que es la que los atiende en Ayamonte, informan incluso al rey Carlos III que llega a España desde Italia, de la gran acogida dispensada. Durante los años siguientes Manuel Rivero y especialmente su hijo mayor Cristóbal, intentan que estos hechos favorezcan las aspiraciones de Cristóbal a obtener en Madrid una colocación decente, pero sin éxito.

Juana Inocencio estaba al tanto de todo lo que le ocurría a los distintos miembros de la familia. Desde las gestiones de su hijo Cristóbal en Madrid para conseguir un empleo (que finalmente nunca logró) hasta las noticias enviadas por su esposo sobre las salidas de los distintos barcos y las personas que iban embarcados. Manuel le informa de las salidas de sus barcos San José y San Francisco de Sales, conocido por La Tetis, en el que sería el último viaje de esta nave que se hundió frente a las costas de Cozumel. Cuando Manuel decide comprar un nuevo barco, La Peregrina, haciéndose con las dos partes que estaban en manos de otros propietarios, también se lo comenta a Juana. A los pocos meses de su compra, este navío, estando en Cádiz se incendió con toda su carga, ya listo para zarpar a América.

Es informada también de los distintos acontecimientos políticos como la conquista de Menorca por los franceses en 1756, o del apresamiento de un navío español con 60 personas a bordo por los "moros" y que fue conducido a Argel. Supo de la muerte de Fernando VI en 1759 y de los preparativos para la llegada desde Italia de Carlos III.

El que todos los miembros de su familia le escribieran todas estas noticias y no se limitaran a escribir cartas puramente formales y de temas domésticos, demuestra la estima que sentían hacia su inteligencia y el gusto de Juana por estar al tanto de los acontecimientos, lo que puede sorprender tratándose de una mujer del siglo XVIII que vive en un pueblo lejos de la corte.

ULTIMOS AÑOS. LOS AÑOS MÁS DIFÍCILES (1762-1777)

La situación en la Compañía empieza a torcerse. Al naufragio de La Tetis en 1762 se une el hecho de que España se encuentra inmersa en la Guerra de los Siete Años y los navíos de la familia se ven muy afectados por el conflicto ya que hacerse a la mar es peligroso. Las consecuencias económicas no se hacen esperar y la crisis es evidente y cada vez más preocupante. Juana recibe carta de Manuel el 11 de julio de 1766 notificándole la dificultad para conseguir dinero: "*En sumo grado me veo afligido por dinero para pagar doce piedras de molino en Rota, 408 pesos para Madrid, como 400 pesos para otra cosa, y hay que pagar yeso, piedras de Medina, los 200 pesos de Don Pedro...*". A finales de este mismo mes parece que hay un atisbo de esperanza y Manuel comunica a Juana la posibilidad de que llegue uno de los navíos de la Compañía: El Gallardo para aliviar la precaria situación económica. En efecto, la llegada se produce en septiembre, pero el alivio es momentáneo ya que la economía familiar había tocado fondo.

A las inquietudes por la economía de la Compañía y el efecto que esta situación tenía a nivel doméstico hay que añadir las preocupaciones que les dan los hijos. Juana se muestra muy consternada por la situación en América de su hijo Manuel y su marido le escribe para

tranquilizarla en tres ocasiones distintas. Éste le anuncia varias veces el regreso de su hijo, hecho que nunca llegó a producirse, a pesar de que Manuel es consciente de que su hijo no está dispuesto a regresar. Sin embargo, es completamente sincero cuando le habla de los ingresos que espera obtener: “*Tenia recibidos como un millón de pesos (su hijo José). Espero que con el favor de Dios traiga un millón y medio. Su retorno puede dejar 60.000 pesos fuertes...*”. Manuel también hace partícipe a Juana de las gestiones que se están realizando en Madrid por parte de su hijo Cristóbal y su yerno Miguel Armida para conseguir licencias para sus barcos y de la dificultad de las mismas puesto que, según Manuel Rivero, el ministro hace los nombramientos “*como le parece*”.

Cuando ya la situación de la Compañía es desesperada se intenta lograr una moratoria en Madrid para conseguir retrasar los pagos de las deudas. Esta carta de Manuel a Juana de 1768, es la demostración de la consideración que Manuel tiene por Juana, ya que le explica con todo detalle como está la situación política en Madrid: “*D. José de Gálvez², Visitador General de la Nueva España, me escribe con fecha 4 de enero con mil expresiones y ofrecimientos en todas sus facultades para nuestro alivio. Esto es luego que supo lo acaecido en nuestra casa, y a Madrid escribe lo mismo a nuestro favor, pero la lástima es que este ministro es del bando o la parcialidad del señor Grimaldi³ y del ministro de Hacienda⁴ pero contrario por sus proyectos al señor Bailío⁵ quien es a quien más hemos menester para los negocios de Indias y licencias*”.

La relación familiar es cada vez más delicada. Su hijo Manuel se encuentra en América al frente de los negocios y no pareciendo muy interesado por los mismos, decide emprender una expedición auspiciada por los franciscanos y apoyada por José de Gálvez por la Baja California para el desarrollo de misiones españolas. José Antonio, por su parte, parece remiso a volver a embarcarse para viajar a Lima, siendo recriminado por ello por su hermano Cristóbal que sigue instalado en Madrid. Las espadas están en alto: los hijos culpan al padre de la ruina familiar por continuar con sus innumerables obras y construcciones y el padre considera que sus hijos no han sabido cumplir con su obligación. Cristóbal escribe a su hermano Juan Jerónimo en septiembre de 1767, haciéndose eco de las críticas de sus hermanos hacia su padre: “*En una palabra se separó de lo comerciante y se metió a proyectista (escollo contra el que se han perdido los más hábiles y acaudalados hombres)*”. Cristóbal, el heredero del Mayorazgo, defiende a su padre ante sus hermanos a los que considera culpables de la ruina familiar por su desidia en los negocios y los hermanos que habían trabajado en la Compañía, José Antonio y Manuel, consideran que Cristóbal, el heredero de todo, no ha hecho nada por la empresa familiar y se ha dedicado toda la vida a gastar en Madrid parte de los ingresos de la misma.

2 José de Gálvez, marqués de Sonora (1720-1787). Secretario de Indias entre 1776 y 1786 durante el gobierno de Florida-blanca.

3 Pablo Jerónimo Grimaldi, marqués de Grimaldi (1706/1720-1789). Secretario de Estado desde 1763 hasta 1775. Manuel Rivero hace referencia en esta carta a los dos bandos que se encontraban enfrentados en el gobierno de Carlos III, por un lado los partidarios de Aranda (el partido aragonés), nombrado presidente del Consejo de Castilla tras el motín de Esquilache lo que supuso que la influencia de Grimaldi y sus partidarios (golillas), el otro bando, quedara muy mermada. Sin embargo, creo que aquí Manuel está mal informado puesto que José de Gálvez fue partidario del conde de Aranda.

4 Se refiere a Miguel de Múzquiz (1719-1785) que fue secretario de hacienda entre 1766 y 1784 y también partidario del conde de Aranda.

5 Puede que Manuel se estuviera refiriendo como bailío a F. Arriaga que fue secretario de Marina y secretario de Indias entre 1759 y 1775 y que pertenecía a los *golillas*.

La aflicción de Juana ante la situación familiar en la que todos están contra todos es patente, puesto que su esposo le pide en una carta de enero de 1768 que no se aflija por lo que está ocurriendo. Parece que Juana no debía estar muy de acuerdo con la actuación de Manuel y se preparaba para decírselo como se colige de estas palabras de su marido: “*y así, cuídate y desecha, y lo que tuvieres que regañar; guárdalo para cuando yo vaya a esa, que te ofrezco recibir todo con gran gusto, aunque me tires de las orejas*”. También Juan Jerónimo habla de la enorme aflicción de Juana por el enfrentamiento entre todos los miembros de la familia y se niega a abandonarla para viajar a Cádiz al ver el estado de tristeza en que se encuentra su madre.

Manuel Rivero Cordero, el tercer hijo de Juana y Manuel, murió en Jalisco en 1768 en el transcurso de la expedición a la Baja California sin haber regresado a España. Su esposa Josefa Rafaela Abreu murió pocos meses después dejando tres niños huérfanos. Poco antes de morir Manuel, el 26 de junio se produce el fallecimiento repentino e inesperado de Juan Jerónimo, el hijo que había convivido y apoyado a Juana durante los últimos once años. Cristóbal se lo cuenta así a su hermano Manuel en la última carta que éste recibió antes de fallecer: “*En ocho días vio su pobre madre a su hijo sano y robusto en la más florida edad y lo lloró cadáver*”. Juana en un mismo año ha perdido a dos hijos, a una nuera, ha visto como su mundo se derrumbaba y no tiene a nadie que la consuele porque está sola en Ayamonte. Manuel sigue en Cádiz controlando todos los asuntos.

A pesar del dolor, Juana considerando que la situación de sus nietos huérfanos es prácticamente de abandono viviendo con una mujer desconocida para ella, en agosto de 1768 escribe una carta sosegada pero contundente al tutor de sus nietos, el sacerdote Matías Abreu que era además tío de los niños. En esta carta le pide que si no es capaz de hacerse cargo de los niños no dude en enviárselos a ella que los recibirá gustosa. El mismo día escribe otra carta a su nieta Manuela Rivero Abreu, la mayor de los hermanos, invitándola a que se trasladen a vivir con ella donde serán muy bien recibidos y donde podrán reponerse de sus enfermedades.

Cuando los tres nietos huérfanos se instalan con ella en Ayamonte, Juana tiene un momento de debilidad, sobrepasada por ocuparse de sus nietos, hacer frente a su pena y sobreponerse a su salud que sigue siendo muy delicada. Manuel, que parece no darse cuenta del dolor de su mujer le escribe una carta indignado por lo que considera deseo de Juana de librarse de su responsabilidad: “*Válgame Dios, hija, que me has sabido criar ocho hijos como ninguna señora mejor, y ahora, con un emplasto de una niña, a quien le puedes dar 4 bofetadas, te quieres eximir y no hacerle esa obra de caridad a tu propia carne y sangre*”. Años después, de nuevo Manuel reconoce el papel de su esposa en la crianza de sus tres nietos escribiéndole: “*... y después de la buena crianza de tres hijos huérfanos que Dios nos ha enviado a la vejez, cuyo sentimiento de verlos sin padre cada vez más y más me atraviesa el corazón de sentimiento y pesadumbre que dejo a tu consideración...*”

El carácter de Manuel parece empeorar con la edad y a pesar de que se muestra cariñoso con Juana en algunas ocasiones, en otras, además de su habitual autoritarismo, utiliza un tono que se podría calificar de ofensivo. En julio de 1767 le dice: “*Hija, quisiera infundirte en ese corazón este otro tuyo, pero eres una pobre vieja, que ni tú ni tu hijo valéis para nada*”. La razón que originó este desprecio podría ser que ni Juana ni su hijo Juan Jerónimo sabían distinguir el sexo de unas

gallinas de Guinea o bien que Manuel estaba muy molesto puesto que les habían incendiado intencionadamente una era.

Estos últimos años de la vida de Juana en la que su salud se resiente cada vez más por las fiebres reumáticas que la imposibilitan muchas veces a hacer vida normal, siguen llenos de agitación. En una ocasión en el año 67 Juana se sube encima de un burro para acudir a la Huerta Noble para comprobar cómo se echa tierra. Manuel se lo agradece en una carta en la que reconoce el esfuerzo de Juana ya que está “*cargada de achaques*”. Además un año antes en el 66 empezaron la construcción de una bodega de la que también se hacía cargo Juana, y Manuel le escribe ese año: “*Está muy bien y quedo entendido en el estado de la obra de nuestra bodega y en la abertura del pozo*”. También continúa con la carena y el aprovisionamiento de barcos. Hay dos cartas que así lo confirman, la primera de febrero de 1767 en la que Manuel encarga a Juana Inocencio madera de alcornoque y de pino para un bote y para reparar La Begoña y además quiere que dicha madera, estando recién cortada se sumerja en un estero con agua salada. La segunda carta data del año 1769 y en ella Juana debe hacerse con un cargamento de 24 quintales de higos largos que servirán para los ranchos de dos naves y le pide que estén bien secos para que sirvan para la mar. En dicha carta además le indica que se embarcarán 50 frailes para América en misión evangelizadora.

Como dato curioso referente a Juana es que era fumadora y así tanto su marido como sus hijos se encargan de enviarle tabaco que sea de su gusto. En una carta enviada por Manuel acompaña a la misma “*una muestra de tabaco cucarachero, pareceme bien flojo. Si te gusta, te mandaré el que quisieres, que lo tenemos aquí en casa...*”.

El año 1769 es prácticamente el último en el que las cartas nos proporcionan noticias de Juana que no sean referentes a su enfermedad. Así en el mes de abril aparece una nueva ocupación para ella, consistente en seguir jurídicamente el cobro de una cantidad de dinero que las monjas del convento de Santa Clara deben a Manuel, que implacable desea cobrar a toda costa, por supuesto contando con la intervención de su mujer: “*Sigan Vms. jurídicamente el cobro de lo que nos deben las monjas sin admitir convenios, pues tanto les hemos rogado sobre él y ya hemos cumplido con Dios y con el mundo, aunque entiendo qué hacer con gente de esa naturaleza: se quieren llevar injustamente lo que es del seglar, y eso no lo han de conseguir de mí, pues me han de pagar hasta el último maravedí*”.

Este año acuden los frailes capuchinos a Ayamonte para desarrollar su labor misionera. Como Manuel considera que estos frailes no se encuentran cómodos alojándose en el convento de San Francisco, decide que lo mejor es que se alojen en una casa solos donde puedan contar con cierto grado de intimidad para recibir a sus feligreses. De nuevo es Juana la encargada de atender y recibir a los misioneros y ésta vuelve a ser una gran anfitriona consiguiendo que la misión sea un éxito y que quede una estela de “*paz entre esos vecinos, que pocas veces se verá ahí eso por los malos genios de sus naturales*”, según carta de Cristóbal a su madre del 23 de enero de 1770.

Por fin lo último que sabemos de ella fue que debió vender 300 fanegas de trigo porque Manuel necesitaba 200 pesos para rematar la carena de El Carmen. Este año Manuel se traslada a Ayamonte para hacerse cargo de su esposa que está muy enferma. Es remiso a abandonar

Cádiz y trata de retrasar su traslado hasta el último momento. Su hijo Cristóbal debe pedirle que se mantenga en Ayamonte “*sin pleitos ni quimeras*”.

En 1774 Manuel regresa de nuevo a Ayamonte para estar junto a su esposa y se muestra agobiado por su situación ya que debe ocuparse de la Compañía que está en un momento delicado y además no puede contar con ningún miembro de la familia para que le ayuden puesto que todos están en su contra. Ha tenido que vender algunas alhajas de Juana para ir haciendo frente a distintos gastos, pero se niega a vender ninguna de sus propiedades lo que sus hijos no comparten. No puede dejar sola a Juana y describe así su situación: “*cargada de reumatismo y otros accidentes que recaen sobre su anciana edad, y será preciso por darle gusto no faltar ni una hora de su lado*”.

A partir de aquí la vida de Juana se va agotando poco a poco hasta que fallece el 4 de abril de 1777 a los 79 años, estando Manuel junto a ella. Antes de su deceso sufrió un nuevo revés que fue la muerte de su hijo mayor Cristóbal.

Los últimos años de la vida de Juana debieron ser muy amargos por la situación de enfrentamiento familiar y por la muerte de sus hijos. Siguió al frente de todo lo referente a los negocios familiares, tratando de paliar con su esfuerzo la pésima situación económica. Al morir, sus hijas la recuerdan con cariño y dicen sobre ella: “*la veneramos tanto muerta como la veneramos viva*” y “*no hemos fallado a la justísima atención que debemos a nuestra madre que tanto nos amó*”.

La figura de Manuel Rivero “El Pintado” es imposible entenderla sin analizar el papel de su mujer Juana Inocencio Cordero, que fue su mano derecha y la persona de su máxima confianza durante toda su vida. Se apoyó en ella y obtuvo una respuesta generosa por parte de Juana en todo lo que le fue encomendado. Fue la única persona que nunca le abandonó y que se mantuvo fiel siempre, diciéndole a Manuel lo que consideraba que debía decirle en cada momento y no dudando en hacerle partícipe de su opinión aunque fuera contraria a la de su esposo. Resultó fundamental en el éxito de la familia a nivel económico, si bien no pudo evitar los enfrentamientos familiares que tanto le pesaron.

Analizando su vida se puede considerar a Juana como una mujer adelantada a su época, trabajadora y muy inteligente a pesar de su escasa formación a la que su familia mantenía informada de todos los acontecimientos, información que Juana recibía con agrado e interés. Fue una mujer con iniciativa que tomó sus propias decisiones